


BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

EXTRACTO

del discurso pronunciado en nombre de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras por DON MANUEL VELASCO DE PANDO en la recepción oficial organizada por el Ayuntamiento de Sevilla en honor del insigne dramaturgo DON JACINTO BENAVENTE, el día 7 de enero de 1924.



SEÑORES:

Todo es grande y hermoso en este acto. Están aquí las primeras autoridades sevillanas y una lucidísima representación de cuanto en Sevilla tiene significación y valimiento; destínase el acto a honrar a un hombre-cumbre de nuestra raza; es bellissimo el marco, formado por esta nuestra Sevilla encantadora, y, dentro de Sevilla, por este mágico palacio de la Exposición en que todo nos habla siempre al corazón, de la grandiosa epopeya de la raza hispánica.

Todo es tan grande aquí como mísero yo. Por eso de antemano me entrego rendido y sin luchar vencido me declaro, «como quien al volver de pasear por floridos jardines de insuperable hermosura, luciera por trofeo un manojito de cardos, en vez de uno de flores».

Porque hasta la representación con que vengo a este acto, contribuye a acabar de abrumarme. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, por su significación en la vida hispalense y por el renombre de tantos sabios, literatos y artistas, que a ella han pertenecido o pertenecen, bien merecía estar representada más dignamente. Mas sírvame el honroso encargo recibido de pabellón que encubra la pobre mercancía de mi palabra; y con esto, me reanimo un poco y espero salir de aquí, si no airoso, a lo menos sin pena ni gloria.

Ahora envidio, Benavente, para alabaros, a los personajes de vuestras lindas comedias que con tan admirable elegancia expresan sus pensamientos y con tan fina ironía se replican. Y no por esto el espectador piensa que está escuchando a dioses del empyreo y no a los hombres vulgares de por aquí, porque tal es vuestro arte que sabe ocultar vuestro propio genio tras la cortina de los defectos y miserias humanas. Por esto es inútil que, en vuestra modestia, nos habléis de «hilos groseros visibles a poca luz y al más corto de vista», porque la crítica docta y el espectador sencillo de consuno os tienen consagrado como dramaturgo insuperable, expertísimo conocedor del corazón humano. Y aparte de su mérito literario intrínseco, algunas de vuestras obras (me refiero a «Los intereses creados» y a «La ciudad alegre y confiada») desempeñarán en la historia española de nuestros días un papel análogo al que alcanzaron «Las Bodas de Fígaro» y «El Barbero de Sevilla» en la profunda conmoción política que en el tránsito del siglo XVIII al XIX experimentó la sociedad francesa.

La obra de Benavente es admirable. Como trágico es digno de codearse con los antiguos; ahí están «Los ojos de los muertos» o «La malquerida» para no dejarnos mentir. En sus comedias ligeras, «El tren de los maridos», «Modas», «Cuento inmoral» o «El marido de su viuda», nos deleita y nos entretiene con su vena cómica; pero, sobre todo, cuando emplea la ironía, cuando con intención satírica nos pinta de mano maestra una clase social entera con sus defectos y virtudes, entonces sólo puede comparársele con... Benavente. Tal es la impresión que nos producen «Los intereses creados», «La ciudad alegre y confiada», «La fuerza bruta», «El nido ajeno», «Gente conocida», «Por las nubes», «La princesa Bebé», «Lo cursi», «Los buhos», «La escuela de las princesas»... y tantas otras. Es la vida moderna, con toda su complejidad, la que pasa por ellas, y tan pronto lloramos con la desgracia de Rosina o con el desencanto de la Princesa Bebé, como reimos con las chispeantes ocurrencias de la «Gente conocida».

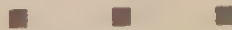
Pero queda un rincón de vuestro genio del que no quiero dejar

sin decir dos palabras, porque de él ha salido el impulso que os ha traído a Sevilla: vuestro amor por los niños, del que habéis dado tan claras muestras dedicándoles obras tan interesantes como «El Príncipe que todo lo aprendió en los libros» y tantas otras que niños y mayores leen y escuchan con deleite.

Sevilla está hecha para comprender a Benavente. Hay, en el alma también, ciudades abiertas y plazas fuertes. Sueñan éstas tan solo con elevar a su alrededor murallas de la China; ¡son proteccionistas del espíritu! Sevilla, en cambio, está hecha de universalidad. A orillas de un río que la une al Atlántico, frente a América y frente a Africa, cerca del cruce del Océano con el *mare nostrum*, su alma vieja, decantada muchos siglos, está llena de valores universales y especialmente preparada para aplaudir un teatro como el benaventiano, hecho, no con contrastes, sino con matices.

Y de la simpatía de Sevilla hacia vos es clara muestra la presencia aquí - en representación dignísima - de lo más bello que Sevilla tiene: la mujer sevillana. Representan aquí las señoras y señoritas que asisten, a la mujer española que se asocia de corazón a un homenaje a su poeta predilecto, a quien supo deciros «que vosotras, mujeres, cuando sois bonitas, estáis dispensadas de ser buenas; cuando sois buenas no necesitáis ser bonitas, y cuando sois bonitas y buenas, no hay sino adoraros de rodillas como a trasunto de la divinidad en la tierra».

Y no sólo la mujer sevillana, los sevillanos todos, sin distinción de clases sociales, se han asociado a este homenaje; esas clases que vos con una pincelada habéis sabido pintar de mano maestra en vuestras obras. Hasta cuando habéis pintado defectos en ellas generales, característicos o siquiera frecuentes, ha sido tal vuestro talento que cuantos podían considerarse incluidos han perdonado la alusión en gracia al encanto de vuestro arte. Permitidme, y ello será la sola parte agradable de este mi discurso (de alguna forma he de llamarlo), que recuerde aquí algunos pasajes de obras de Benavente.



Sea el primero una saladísima sobremesa.

En día de elecciones.

Un cochero de punto ve pasar desde su pescante a un compañero, fuera de servicio y algo apuntaño de bebida.



—¡Ya lo creo! Las de Rebolledo.

—¿Qué gente es esa?

—¡Qué sé yo! De esos ricachos de Cuba que de cuando en cuando vienen a asustarnos con su dinero y al año suelen volverse a su tierra como pintan a sus ascendientes antes de que los descubriera Colón, es decir, peor; porque aquéllos los pintan con plumas, y éstos suelen quedarse desplumados.

—¿Son muy ricas?

—¡Eh! ¿Estás de fiesta? ¿A dónde vas?

—¡A votar!

—¡Á votar, tú! ¿A quién?

—¿A quién ha de ser? A los socialistas; a los hijos del trabajo... ¡Yo soy también un hijo del trabajo! Sólo que yo.. estoy reñido con mi padre.



Sea la segunda una anécdota por vos referida en otra sobremesa y que no teniéndola a mano para leerla contaré como la recuerdo.

El sastre de Eduardo VII siente vehementes deseos de asistir a un baile de palacio; al fin, un día, es invitado. El rey recorre los salones recibiendo el saludo de todas y se para un momento ante su sastre.

—¿Cómo encuentras esto?,—le pregunta.

—Bien, Señor; pero hay mucha mezcla de clases.

—¿Querías, pues, que todos fuesen sastres?



Trasladémonos finalmente a un baile aristocrático en «Gente conocida» y oigamos los comentarios de un grupo de invitados:

—¿Has visto al nuevo Embajador?

—Sí. ¡Tiene una facha de burgués!... Pero piensa dar bailes.

—Menos mal. Oye: ¿has visto a la de Palarea? ¡Qué traje!

—¡Estupendo! Sólo que se le ha olvidado ponerse el cuerpo.

—¡Ja, ja, ja! lo que dice Ríos: a su edad estaría mejor arropada y en casa...

—¡Sí, sí! Díselo a ella. ¿Has visto cómo está con Isidoro Torres?

—Ya lo dijo un satírico: hay mujeres que cuanto más declinan más conjugan

—¿Conoces tú a esas americanas que han presentado esta noche?

—Así parece. Sobre todo son elegantes. Por eso se las admite en todas partes. No hay en Madrid quien se vista como ellas.

—¡Vamos! Se han propuesto hacer papel como se hace el papel, después de todo, a fuerza de trapos.



Y entretenido con vuestras agudezas, se me olvidaba casi lo principal que debo decir: que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, realizando ahora un antiguo deseo vehementísimo de todos sus miembros, al que habían opuesto dique invencible las severas exigencias reglamentarias relativas al número de correspondientes, ha adoptado el acuerdo de nombrar a Benavente miembro correspondiente suyo, como lo son ya Rodríguez Marín, Maura, los Alvarez Quintero, Cotarelo, Saralegui y doña Blanca de los Ríos, entre otros muchos eminentísimos.

.....

Pero hay una faceta del genio benaventiano que salta especialmente a la vista en este hermoso salón, decorado con esos escudos de las naciones hispánicas: la influencia que los hombres cumbres de la literatura, como el que hoy tenemos por huésped, ejercen en la solidaridad ibero-americana. Porque si buceamos en sus fundamentos, después de pensar en la comunidad de raza con los antropólogos, en la identidad de costumbres con los políticos o en los ideales religiosos con los teólogos, encontraremos siempre como nexo fundamental el idioma.

Cuando escribimos una cuartilla en español, muchos millones de hombres pueden entenderla a uno y otro lado del Occéano, porque

está escrita en el idioma que aprendieron de sus madres. Poco importa que sea una carta comercial o una cuartilla del divino Ruben; todo tiene su valor y su importancia. Pues este nexo fundamental se sostiene gracias a la influencia de los hombres cumbres de nuestra literatura. Cuando en Buenos Aires, por ejemplo, se representa una noche cualquier obra de Benavente, los espectadores, gracias al genio de su autor, pierden quizás el efecto de las tendencias anticastellanas y diversificadoras, sufridas durante el día, asimilándose la pureza del idioma tal como se habla en su casa solariega.

Por este mérito y por todos los suyos, tributad a Benavente, sevillanos, los aplausos que tan cumplidamente merece, sin reservar ninguno para mis pobres frases.

